



SU MAJESTAD EL REY Y SUS COMPAÑEROS 50 AÑOS ANTES

José CURT MARTÍNEZ



ÍA 29 de octubre de 2009. Estamos reunidos en el Palacio del Pardo para conmemorar el 50 aniversario de nuestra salida de las academias militares. Preside el acto un compañero nuestro de excepción, S. M. el Rey y Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas. Hoy es uno de esos días que da de vez en cuando el octubre a punto de jubilarse, que tiene que elegir entre ser gélido o ser tibieza; y hoy se ha decidido por un día hermoso en el que la parada militar, los caballos con el claqué de sus cascos nerviosos, la formación de perros



guardianes con media lengua fuera y los coraceros, alabarderos, monteros de Espinosa, toda la Guardia Real, luciendo sus vistosos uniformes de época y las armas antiguas, relucen con la magia de una estampa parada en el tiempo. Los fresnos y olmos que enmarcan el Palacio se han vestido también de gala con sus mejores carotenos y *xantofilas* del otoño, amarillos y rojos, antesala de la caída de la hoja. Pero el árbol revivirá pronto en nuevas primaveras, que lo forestal nunca tiene prisa por morir, y nosotros, setentones cumplidos todos, tuvimos ya la nuestra, y ¡ay!, para nosotros la primavera ya no volverá. Y menos mal que tenemos la suerte de poder medir a estas alturas nuestra vida en la inquietante unidad temporal que es el siglo, aunque sea contándolo mediado. Muchos otros compañeros se quedaron en el camino: Padre nuestro que estás en los cielos...

Después, la musculosa voz del Monarca brota espontánea y fresca, improvisando una emoción: «Han pasado cincuenta años y me sigo acordando de todos vosotros, mis compañeros, y de cuanto aprendimos en aquellos años de enseñanza militar». Y el Rey-Soldado levanta su copa y propone: «brindemos todos juntos: ¡por España!». Sin duda que son palabras para la nostalgia, cómo no, si un día besamos con unción los labios rojos y gualdas de su bandera.

Y, también desde la nostalgia, las olas del Atlántico me hacen señas en la calima del recuerdo. Es septiembre de 1957. Estamos saludando en el atarde-

cer de la ría de Pontevedra a un Príncipe que va a cursar con nosotros un año académico en la Escuela Naval Militar, la mayor parte de él embarcados en el más bello bergantín-goleta que vieran los tiempos: el *Juan Sebastián de Elcano*. Desde el primer momento S. A. R el guardia marina Borbón quiso ser para sus compañeros uno más, sin tratamientos ni protocolos, Juan Carlos a secas, que ya habría tiempo de dirigirnos a él, al correr de los años, con la deferencia y respeto que se deben a su augusta persona. Pero estas camaraderías no eran bien comprendidas por todos, y el general duque de la Torre, su preceptor, y los mandos de la escuela nos reprendían con patente enfado por lo que ellos consideraban un exceso de confianza, lo que no era óbice para que de vez en cuando escuchásemos del comandante de brigada un seco «¡Borbón, corra hasta torpedos!».

Y es que aquel era otro mundo. No había teléfonos móviles ni se intuía que muchos años después unos visionarios iban a inventar el ordenador y su hijo más activo, Internet. Tampoco había satélites artificiales surcando vacíos celestes, ni había llegado la televisión a España. Las comunicaciones no eran fáciles y faltaban varias décadas para que cayese el Muro de Berlín. Podíamos, pues, permitirnos el lujo de ser los últimos románticos de la historia. Y os preguntaréis los jóvenes ¿es que se podía vivir así? Pues bien, tenemos que contestaros: sí, y además éramos muy felices.

A principios de enero de 1958 nos hacíamos a la mar desplegando todo el trapo en la bocana del puerto de Cádiz en demanda de Las Palmas de Gran Canaria. Lo primero que aprendimos fue a apreciar la sensación, prerrogativa de dioses, de navegar en el silencio de la vela, la roda del *Juan Sebastián de Elcano* abriendo surco en el azul de la mar con un murmullo. También me acuerdo: el primero que viese la cumbre del Teide, premio al serviola. Aquel fue el último puerto español que tocaríamos en muchos meses, con la voz acariciadora de Mari Sánchez despidiéndonos con una bien timbrada folía desde el muelle, acompañada por el dulce cantar de grillo con el que rasga el timple su sentimiento: «Adiós Canarias querida, me voy a tierras lejanas...».

Nos esperaban por proa varias semanas de cielo y mar. Cruzar el Charco tiene su precio. Y sus enseñanzas. Como recuerdos de grueso calibre me falta comprender cuán ancha y larga es la mar, qué menudo es el ser humano, la maniobra de los palos y el bajar las estrellas al horizonte tomándoles las alturas con el sextante, ingenio hoy extinguido por la gracia del GPS, un aparato que se nos antoja muy práctico pero carente de emoción. Uno de los arrestos consistía en levantar al alba al guardia marina que «era malo» a «observar» en el crepúsculo matutino con el sextante. Estoy viendo al guardia marina Ortiz Tapia, que por su asistencia e insistencia a las horas tempranas se ganó el título de «Duque del Alba» y también a un Príncipe que, de vez en cuando, realizaba con su presencia la aristocracia de los que, más que arrestados, tenían el privilegio de pastorear estrellas cabe al amanecer. También aprendimos —¿se acuerda, Vuestra Majestad?— a qué sabe la carne de tiburón cuando defiende

a dentelladas su vida, arrebatada de su intimidad salada por el anzuelo inmiscricorde del cabo Jeromo, un viejo lobo de mar cuyo mayor patrimonio era una foto que se hizo con Vos, Señor.

Por fin llegamos a la isla que Colón bautizó como La Española y atracamos en su capital que entonces se llamaba Ciudad Trujillo en honor del presidente de la República Dominicana, el general Rafael Leónidas Trujillo, quien enseguida nos invitó a cenar en la casa presidencial porque no todos los días llegaba a aquellas costas un príncipe desde España, la madre patria. Las malas lenguas y algunas de las comensales que nos acompañaban, muy guapas por cierto, aseguraban que el general tenía derecho de pernada, pero, pelillos a la mar, a los postres la orquestina se arrancó con los saxos, las potentes tubas y las escandalosas trompas a fondo, la batería a toda potencia, en un merengue que los españoles bailamos en una fila trepidante, siguiendo aguas de los dominicanos, quienes cantaban a voz en grito, dejándose ver para hacer méritos, no faltaría más:

«Que viva, que viva el Jefe
Que viva El Benefactor
Que Dios le dé mucha vida
A todos sus seres queridos
Que viva, que viva el Jefe
Y la madre que lo parió.»

Destacaba entre la oruga vacilante y danzarina, por su estatura y prestancia, el caballero guardia marina Borbón, partiéndose de risa, dejando los corazones de las féminas caribeñas en estado comatoso.

Tres años después, el 30 de mayo de 1961, El Benefactor sufrió un atentado que le costaría la vida. Quizá algunos de quienes cenaron con nosotros y otros devotos suyos fueron los que ametrallaron el coche en el que viajaba. Pero aún tuvo tiempo Trujillo, ya herido de muerte, para ordenar al chófer: «para, bajamos a pelear» y echando pie a tierra, con un revólver de bolsillo calibre 38 defendió su vida a tiro limpio. Más de sesenta impactos hicieron blanco en el coche y en el cuerpo del dictador, que como el general Cúster, el de el Séptimo de Caballería de nuestras novelas juveniles, murió con las botas puestas. Contado sea lo dicho porque lo cortés no quita lo valiente.

Tras navegar sobre las praderas de sargazos, toda una vivencia bellísima, arribamos a Colón, en espera de poder cruzar el estrecho de Panamá. A nuestra popa atracaba un yate por su lujo digno del mismísimo Onassis. Y un día que estaba de guardia el Príncipe subió por la pasarela un caballero vestido con un traje blanco impoluto, tocado con un sombrero de ala ancha del mismo color. El visitante daba con holgura la talla, pues era muy alto y distinguido. Se llamaba Clark Gable y era el dueño del yate monumental. Se fundió en un abrazo con el guardia marina Borbón, siempre afectuoso y campechano.

Aquel capitán Butler que veinte años atrás había protagonizado el beso más célebre de la historia del cine en los labios de Vivien Leigh, caracterizada de Scarlett O'Hara en *Lo que el viento se llevó*, seguro que intuía, pues tenía cara de listo, que estaba abrazando al futuro Rey de España.

También esta vez el viento se llevó al barco con rumbo sur. Llegados al Pacífico, la vida del alumno discurría entre las clases teóricas y prácticas, estas últimas desarrolladas en la misma jerga marinera de cuando la vela repartió por «tierras lejanas» (vaya, aquella folía...) descubridores y colonizadores, conquistadores, evangelizadores y hombres sin miedo: «Gente al pie de la jarcia. Amolla brioses, apagapenoles y chafaldetes. ¡Caza mayor al



El guardia marina Don Juan Carlos de Borbón con el autor de este artículo.

medio!». Mandaba la maniobra desde el puente el guardia marina Borbón —recordad, «uno más»— bajo la mirada complacida de sus profesores: «¡Cambia velacho!» —ordenó—, y resulta que por los velachos andaba un tanto cabreado otro guardiamarina, Luis Cebreiro, a más de treinta metros de altura y, pensando que nadie le iba a oír, yo creo que, fácil al ripio, se gritó a sí mismo: «¡Vaite a o carallo»; pero era uno de esos días en los que el *Elcano* disponía de mejor acústica que el Covent Garden y la gallegada de Luis retumbó como una bofetada en los oídos del comandante, capitán de navío González López, quien ordenó «¡Gente abajo!» a cajas destempladas para indagar quién había sido el vociferante y corregir aquella pretendida desconsideración al Príncipe. Qué se creía aquel alumno. Luis murió hace ya varios años. Ahora vive mucho más arriba del velacho alto del *Juan Sebastián de Elcano*.

Nada más atracar en El Callao, la dotación del buque-escuela enmudeció cuando vio entrar por el portalón a la dama más hermosa que disfrutaran ojos humanos. ¡Vaya cuerpo perfecto, qué ojos y qué labios inabordables, vaya curvas enloquecedoras, qué arquitectura la de las piernas, qué topografía la de



las caderas, qué turgencias y delicadezas fluían de aquella obra de arte hecha mujer! Era Gladys Zénder, a la sazón Miss Universo 1958, una buena chica de 18 años, de familia bien —una niña pija, diríamos hoy— que vino a conocer el barco y de paso a ver al Príncipe, o lo que sería más exacto: a conocer al Príncipe y de paso (si había que disimular) a ver el barco. Los periódicos informaban al día siguiente, con grandes titulares y con la habitual concisión de la prensa hispana: «Príncipe España y Reina Belleza se miran».

La noche siguiente cenamos en la mansión que tenía en Chosica el potentado más poderoso de Perú. A

la mesa del guardia marina Borbón se sentaban miss Colombia, miss Venezuela, miss Carnavales de Lima y, a mucha distancia en la escala de Ritcher, aquel terremoto que se llamaba Gladys Zénder. Todas ellas habían perdido el apetito, pero devoraban con los ojos al futuro Rey de España. En otras mesas el pueblo llano comprendíamos que no teníamos la menor posibilidad de comernos una rosca estando cerca nuestro egregio compañero. Y que eso de «uno más» no terminaba de ajustarse a la realidad, al menos cuando había faldas de por medio. Y es que ¿es posible que exista en el mundo una sola mujer, y no se me enfaden las feministas, que alguna vez no haya soñado con un príncipe azul? Pues allí tenían uno de carne y hueso. Y había que aprovecharlo. Hay que comprenderlas. Pero nos consolamos oyendo por primera vez en nuestras vidas, machos tristes, *La flor de la canela*, en letra de Chabuca Granda, recién estrenada en aquel barrio residencial de Miraflores: «Déjame que te cuente limeña, ahora que aún perfuma el recuerdo...».

En Cartagena de Indias el desfile de la Marina española por la principal avenida de la ciudad, con el guardia marina don Juan Carlos como abanderado a la cabeza de la formación, levantó entusiasmo entre la muchedumbre que daba vivas a España, a la madre patria y al Príncipe. El guardia marina Borbón empezaba ya a representar a nuestra nación con la dignidad que es proverbial en nuestro Rey.

Dejamos el calor de los trópicos para arribar a Norfolk, la gran base naval de los Estados Unidos de América, cercana a la capital del país, Washington, y de la Escuela Naval Militar de Annapolis, uno de los objetivos de nuestra visita. En la Embajada de España de aquellos años, fuimos invitados a cenar los guardias marinas, con sus profesores y mandos, por el embajador don José

María de Areilza, conde de Motrico, que ya anticipaba maneras que en la Transición le darían fama. Tras una ligera espera, llegó don Juan de Borbón, que acababa de cruzar el Atlántico capitaneando un pequeño velero, el *Saltillo*, en una hazaña marinera nunca bien ponderada por el peligro corrido y las dificultades que entrañaba. Algo para admirar en quien luego honraría nuestra Marina vistiendo con enorme cariño el uniforme de almirante que tanto le gustaba. Don Juan, todo sencillez y amabilidad, saludó uno a uno a todos los guardias marinas, y con todos tuvo unas palabras de afecto como compañeros de su hijo Juan Carlos. Al día siguiente hubo otra cena en la Embajada, esta vez contando como invitados a lo más selecto de Estados Unidos en homenaje a la egregia familia, uno de cuyos miembros estaba llamado a la más alta magistratura de España. A la llegada del padre y del hijo se tocó el *Himno Nacional*. Entre los asistentes, una bellísima y joven Jacquelin Kennedy, ajena aún al dramático futuro que la esperaba en Dallas.

El caballero guardia marina Borbón preparaba en el cuarto de derrota de guardias marinas las últimas postales de recuerdo antes de hacerse a la mar. «Estoy escribiendo a mi prima» —le confió al guardia marina González-Aller. «Y ¿quién es tu prima, si puede saberse?» —preguntó Sisiño confianzudo. «Quién va a ser, la reina de Inglaterra» —contestó Don Juan Carlos como si tal cosa.

El *Juan Sebastián de Elcano* estaba dispuesto para cruzar de nuevo el Atlántico, esta vez en demanda de Dublín, a orillas del mítico mar de los ártabros y al calor del padre celta. Era ya época dura para la navegación en aquellas latitudes, de arisca meteorología, y estaba visto que aún nos quedaba por aprender la lección más importante que un marino debe saber. La mar estaba, pues, dispuesta a enseñárnosla contestando cumplidamente a aquel soneto de Quevedo que, en su segundo terceto preguntaba: «¿Quién dio al pino y abeto atrevimiento/ de ocupar a los peces su morada/ y al lino de estorbar el paso del viento?».

Y estalló el temporal en medio del Atlántico. Terrible. Se desventraron los cielos. Los vientos despertaron con la furia del huracán. El rayo y el trueno ponían el decorado. Las olas enfurecidas, el guión. El aullido del vendaval, la música de fondo. Se hizo la noche tenebrosa durante el día. La mar barría la cubierta amenazando con llevarse a sus entrañas a quien no se enganchara con uñas y dientes a los troles que el contramaestre había largado de popa a proa como salvavidas para el que no tenía más remedio que circular por ella. No se podía dormir porque te caías de la litera; no podías comer porque las cocinas no funcionaban, no podías mantenerte de pie porque las escoras la mayor parte de las veces eran vertiginosas.

Y en esta batalla, maestra de la vida y de la muerte la mar, aprendimos a capear el temporal. Literalmente dicho, claro. Se capea o se pone el barco a la capa cuando, para precaverse del viento extremo, hay que poner el velero a ceñir con el menor aparejo posible y el timón a la vía, abandonándolo a la

suerte de la mar para que abata cuanto quiera y pueda. Como si dijésemos, el barco navega ahora de costado y al quedarse prácticamente parado se protege de la brutal coza de la ola por barlovento, pues la mar se remansa en la «estela lateral» que se forma, de la profundidad del calado del buque y de tanta anchura como dé de sí su abatimiento, con el evidente límite de su propia eslora. La faena la completamos echando aceite por imbornales y escobenes para amansar al oleaje y que perdiese su fiereza emulsionándose con la grasa flotante. Se arrió totalmente el trapo —alguna vela se había rifado— y se dieron los tres triángulos de capa, tres mínimas velas de recia lona largadas sobre las botavaras de las tres cangrejas. Tres velas capaces de, poniéndose en jarras, plantar cara a cualquier chulería de la mar. El barco quedó a su aire (mira que llamar a esto aire...).

Las familias en España lo pasaron muy mal. Las comunicaciones entonces no eran fluidas como hoy, y el Morse, con su agudo *pizzicato*, no daba abasto para tranquilizarlas, aunque con diferente fortuna, pues hubo quien consiguió mandar un mensaje: «Vivo sí, pero de milagro». Todos estábamos agotados, al límite de nuestra resistencia.

Y al tercer día sucedió como con el arca de Noé. Un pájaro, que esta vez no era un cuervo que mostraba un ramito de olivo, sino un blanquísimo alcatraz que traía en el pico un pedazo de cielo azul, nos anunció que el temporal cedía y que la bonanza empezaba a hacerse.

Siempre he pensado que el vuelo de aquel alcatraz, fruto nómada de la mar, que no se sabe de qué soledades venía ni qué horizontes le esperaban, fue el que terminó de convertir a aquellos muchachos en hombres.

Majestad...

